

nario mayor y menor, en lengua mexicana. Impreso en México por Francisco Salvayo en 1634, y *Pláticas en lengua mexicana contra las supersticiones que han quedado entre los indios*, impresas en los mismos casa y año.

En el «Manual de biografía mexicana,» de Arroniz, se le llama Bartolomé, y José en la galería de «Indios célebres,» de Carrion. No consta en las obras que hemos consultado para trazar los anteriores apun-
tamientos, qué grado de parentesco tenía éste con los Pimentel Ixtlixóchitl, pero no queda duda de que era de la misma familia; que cómo es fácil notar, fué desde sus ascendientes fecunda en hombres ilustres.

JUNIO 1.º

1653.—D. Juan Diaz de Arce.

Nació este distinguido escritor latinista en la ciudad de México el año de 1594. Fué catedrático de sagradas escrituras, maestra-escuela y arcediano de la Catedral, y rehusó el arzobispado de Santo Domingo por estar imprimiendo dos tomos de teología moral. Falleció en esta ciudad el día 1.º de Junio de 1653, dejando escritos y publicados cuatro tomos que contienen: *De Studiis Sacrae Scripturae*, *De Sensibus Sacrae Scripturae* y *del prójimo evangelico*.

JUNIO 2.

—

Netzahualpili.

—

Netzahualpili, rey de Texcoco, fué hijo del gran Netzahualcoyotl y de la reina de Tacuba. En todo fué digno hijo de aquel célebre monarca. En la guerra fué grande por su valor, y en la paz dictó leyes sábias, y las hizo observar con tal rigor que sentenció á muerte á su primogénito Huexotzinatzin, por haber quebrantado una de ellas. Se dedicó al estudio de la Astronomía, y en la azotea de su palacio observaba el curso de los astros, y disputaba con los entendidos en la materia, á quienes de todas partes hacia venir á su Corte. Netzahualpili fué quien ajustó las horas del año mexicano, componiendo con ellas de cuatro en cuatro un año completo. Dicen varios historiadores que Netzahualpilli se burlaba de las supersticiones é idolatría de los mexicanos, y que veía mal los sacrificios. Fué excelente poeta y orador, y Torquemada, al referir

sus hechos, dice que aventajaba á todos los reyes de este país en saber y gobierno y que era muy entendido en las ciencias naturales. Es una de las grandes figuras de nuestra antigua historia.

—

JUNIO 3.

—

Axayacatl, sexto virrey azteca, de 1464 á 1477.

—

En las guerras de Moctezuma se había distinguido este príncipe, á quien el rey, estando para morir, recomendó con los electores de la corona como digno de sucederle en el trono. Siguiendo el uso bárbaro introducido por su antecesor, promovió una guerra antes de coronarse, para tener prisioneros que sacrificar en la festividad: la nube fué á descargar sobre la provincia de Tehuantepec, la cual desde entónces quedó sujeta á México, así como otros pueblos cir-

cunvecinos hasta el puerto de Coatulco, de recuerdo poco fausto en nuestras guerras civiles. Años despues hizo Axayacatl una adquisicion más importante. La tribu azteca estaba dividida desde su arribo al valle en dos secciones, de las cuales una ocupaba en la ciudad la parte de Mediodía llamada México, y otra la del Norte con el nombre de Tlaltelolco; cada una de ellas era independiente de la otra, con soberano y leyes distintas. Ya se deja entender que aun prescindiendo de los motivos que ocasionaron la division primitiva de la tribu, dos pueblos tan vecinos y de los cuales uno habia adquirido poder y gloria, debían ballar bien pronto motivos de reñir. Así sucedió en el reinado de Axayacatl, y el éxito de la guerra, como era de esperar, fué funesto para Tlaltelolco, cuya conquista vino á aumentar el dominio y Estados de México. Todavía despues de esta guerra emprendió otras Axayacatl con los pueblos que habitaban al Poniente de su reino, los cuales fué sojuzgando uno tras otro hasta llegar á Tajimaroa, que en lo sucesivo quedó de lindero entre el imperio y el reino de Michoacan. Axayacatl murió en 1477, dejando varios hijos y entre ellos al II Motezuma, de quien ya hablamos.

JUNIO 4.

1812.—*Batalla de Citlala.*

Morelos, despues de su salida de Cuautla, aprovechó el mes que permaneció en Chiautla, en reunir más de 800 hombres de las partidas de Galeana y de D. Miguel Bravo, y tomadas todas las disposiciones convenientes, se puso en marcha contra Añorve y Cerro que se hallaban el primero en Chilapa, y el segundo en Tixtla, quedando París siempre estacionado en Ayutla. Entretanto, informado Cerro de que D. Máximo Bravo, con gente de Chilpancingo se disponia á atacarlo en Tixtla, dió aviso á Añorve, y ambos estaban á punto de moverse con direccion á Chilpancingo, cuando éste último recibió noticia de que Morelos con gran número de hombres estaba pasando en balsas el rio de Tlacosoutitlan, á diez y seis leguas de Chilapa, al mismo tiempo que en combinacion con él, marchaban á atacarlo D. Julian Ayala por el camino de Petaquillas con

gente del Veladero y de la costa, Bravo con la de Chichihualco y el cura Tapia con la de Tlapa. Añorve, que no podía contar con más tropa que las dos compañías de la división de milicias de la costa, pues todo lo demas eran los patriotas ó realistas de Tixtla y Chilapa, gente allegadiza, mal armada y llena de temor, dió orden á Cerró para que fuese á unírsele, y ambos dispusieron retirarse á Ayutla con los vecinos de Tixtla y Chilapa que quisiesen seguirlos, pero ántes de verificarlo, una avanzada de cincuenta hombres se encontró en las inmediaciones del pueblo de Citlala con Galeana, que marchaba con su gente dividida en dos secciones: Añorve mandó á Cerro con los realistas de Tixtla, algunos soldados de la cuarta compañía de milicias de la costa y los realistas de caballería de Chilapa, á sostener la avanzada: los insurgentes fueron engrosando en número, y habiendo cargado Galeana con su caballería, que de improviso salió de una barranca, se puso en fuga la de Chilapa, con lo que quedando descubierta la infantería y á riesgo de ser envuelta por su espalda, huyó tambien dejando en poder de Galeana muchas de sus armas y algunos prisioneros, los cuales Morelos, que durante la accion estaba en el pueblo

de Mitepec, hizo conducir á Zacatula. Esta accion fué el 4 de Junio, y en la noche, temiendo Añorve verse rodeado el dia siguiente, se puso precipitadamente en marcha y pudo llegar á Ayutla con las familias que lo siguieron, habiéndole mandado Páris al teniente Reguera con ciento cincuenta hombres, para que protegiese su retirada.

JUNIO 5.

1696.—*D. Diego Calderon Guillen.*

Entre los escritores más notables en nuestro país, del siglo XVII, ocupa un lugar distinguido D. Diego Calderon Guillen, cuya muerte conmemoramos hoy.

Fué, segun Beristain, natural de la ciudad de México, bachiller en cánones, conciliarlo de la Universidad, consultor del Tribunal de Cruzada, comisario de la Inquisi-

cion, presbítero, y prepósito de la Congregación de San Felipe Neri.

Fundó varias capellanías y aniversarios en la iglesia del Oratorio y en la del colegio máximo de los jesuitas, y dejó escrito un *Diario de los sucesos americanos y europeos* acaecidos desde Febrero de 1655 hasta Mayo de 1696, que se conservaba manuscrito, según el citado Beristain, en la Biblioteca del Oratorio de San Felipe Neri de esta ciudad, á la fecha en que aquel bibliógrafo escribía. Ignoramos cuál hubiese sido el paradero de ese *Diario* que en los 31 años que comprendía debió consignar multitud de acontecimientos curiosos ó notables, que sería útil conocer para el esclarecimiento de algunos puntos históricos. Desgraciadamente cuando las órdenes monásticas fueron suprimidas, no se procedió con aquella calma que era menester, y debido á la precipitación con que se llevó á cabo la ley respectiva, fueron á parar á manos poco doctas muchas veces, las bibliotecas de los conventos, y se dió lugar á que otros más entendidos se apropiasen en aquellos momentos libros y manuscritos de inestimable valor que deberían hoy conservarse en la Biblioteca Nacional. Así fué como se extraviaron unos y se perdieron

totalmente otros datos acumulados por los frailes, en cuyos conventos se albergaba la ciencia y la historia en la época colonial.

JUNIO 6.

1625.—D. Lucas Guerrero Rodea.

Este benéfico sacerdote nació en la ciudad de Querétaro el año de 1625. Fué bachiller y sacerdote secular, y quien introdujo en Querétaro el culto de la Virgen de Guadalupe. Los historiadores de aquella ciudad citan al Bachiller Guerrero Rodea como uno de los fundadores más notables, como hombre de sentimientos eminentemente filantrópicos y como sacerdote ejemplar. Figurando como figura en esas obras y en el *Diccionario* de Andrade, hemos creído de nuestro deber no omitir su nombre en estas efemérides. Falleció el día 17

de Mayo de 1685 siendo universalmente sentido. En el año de 1803 fué colocado un retrato suyo en la sacristía de la iglesia de Guadalupe de Querétaro, á más del que existía en la sala de Juntas y elecciones.

1750.—*El P. José Ortega.*

Nació este escritor, en lengua coca, el 15 de Abril de 1700, en Tlaxcala, segun afirma Beristain, ó en Apetatitlan; segun Manero. De diez y siete años de edad tomó la sotana de los jesuitas en Tepetzotlan. Concluido que hubo sus estudios, fué enviado de misionero apostólico al Nayarit; estuvo allí treinta años, y murió dejando escrito lo siguiente: *Doctrina cristiana, oraciones, confesonario, arte y vocabulario de la lengua coca.* Impreso á expensas del Ilmo. Sr. D. Nicolás Gómez de Cervantes, obispo de Guadalajara, el año de 1729. *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesus en la América Septentrional.* Impreso en Barcelona, por Pablo Nadal en 1754. Figura en la *Galería de indios célebres*, escrita por Carrion.

JUNIO 13.

1533.—*Los primeros agustinos.*

Los primeros religiosos del orden de San Agustín entraron á la ciudad de México el día 7 de Junio de 1533, y se hospedaron provisionalmente en el convento de Santo Domingo, donde permanecieron cuarenta dias. Llamábanse los fundadores de que hablamos: Fr. Francisco de la Cruz, Fr. Gerónimo de San Estéban (Jiménez), Fr. Agustín de la Coruña (de Gormos), Fray Juan B. de Moya, y Fr. Alonso de Borja.

Presentáronse al Cabildo pidiendo merced de terreno para fabricar monasterio, y se les concedió uno de seis solares, dándoles título en forma el 21 de Julio del mismo año.

La Provincia fué fundada en 1538. La primera piedra del templo se colocó solemnemente el 28 de Agosto de 1541 por el virey D. Antonio de Mendoza; la segunda por el arzobispo Zumárraga; la tercera por el

prior de Santo Domingo; la cuarta por el guardian de San Francisco, y la quinta por el vicario provincial agustino Fr. Francisco de la Cruz.

Cárlos V dió para la fábrica \$162,400.

La iglesia primitiva de que hablamos se destruyó por un incendio el viérnes 11 de Setiembre de 1666; fué reedificada, y al fin se dedicó el 14 de Diciembre de 1692.

Exclaustrados los agustinos en 1861, el convento fué convertido en habitaciones particulares, y el templo en Biblioteca Nacional. Actualmente se halla ésta bajo la muy acertada direccion del distinguido escritor académico, D. José María Vigil.

JUNIO 8.

1692.—*Gran tumulto en México.*

En el curiosísimo DIARIO escrito por el Lic. D. Antonio de Robles, y que comprende los años de 1665 á 1703, se encuentra una *Relacion del tumulto sucedido en esta ciudad de México el día 8 de Junio, infraoctava de Corpus, de este presente año de 1692.* Relacion que no creemos conveniente extractar porque perdería mucho de su interes.

Dice así:

"Domingo 8 de Junio, infraoctava de Corpus, á las cuatro de la tarde, pasó cantidad de indios é indias con una difunta, que decían haberla muerto á palos en la alhóndiga un mulato y un mestizo repartidores del maíz, de que habia mucha falta como tambien de trigo; fueron á las casas arzobispales á quejarse, como otras veces, de semejantes vejaciones, y segun se dijo, la familia del señor arzobispo los despidió

sin más consuelo que decirles recurriesen á Palacio: hicieronlo así; negáronles los soldados la entrada por no estar en él SS. EE. á la sazón, con lo cual se fueron en tropel apresurado por la calle del Reloj con la difunta al barrio de San Francisco Tepito, de donde era, de la gobernacion de los indios de Santiago Tlaltelolco: despues, pocos más de veinte indios siguieron la instancia de entrar en Palacio, tirando piedras á sus puertas y balcones: opúsoseles con valor el alférez de la compañía de Palacio con espada y rodela, siguiéndole nueve soldados que se hallaron solos en el cuerpo de guardia, y rechazaron á los indios hasta el cementerio principal de esta santa Iglesia Catedral, donde reforzados de más de otros doscientos, enviaban á diluvios las piedras sobre los pocos soldados dichos, quitándole de una pedrada la rodela de la mano al dicho alférez, que recobrándola á costa de otras, ganó el Palacio con pérdida de dos soldados, y sin tener forma de otra resistencia que la de cerrar las puertas: lo hizo así, á las cuales instantáneamente aplicaron fuego los indios, hallándose aparejados de su materia en la abundancia de esteras de junco que acá llamamos petates, pez y yesca y carrizos, conque estaban formadas

viviendas de bodegones en frente de Palacio; disposicion conque á las seis de la tarde habían puesto el incendio en todas las puertas hasta las de la cárcel, oficios de provincia, horea, cajones y casas del cabildo de la ciudad. A este tiempo salió el señor arzobispo, y llegó hasta los portales de Provincia, y reconociendo se continuaban las piedras y alaridos derribándole de una pedrada al sota-cochero, ó porque los que las disparaban á distancia no alcanzarían á ver á su Ilma., ó porque los tenía ciegos la rabia, hubo de retirarse, persuadido de algunos clérigos y parte de buena plebe, quedando los incendiarios sin contradiccion, porque aunque los soldados subieron á la azotea armas de fuego, dicen que el capitán les ordenó disparasen sin municion sólo á espantar; y así, se oyó decir á los indios en su lengua, que los soldados no tenían plomo, animándose á decirles con palabras indecentes echasen piedras, de que algunos soldados enojados contra la orden de su capitán, echaron balas, lográndolas en algunos que mataron é hirieron, aunque pocos, por haber cogido los tiros en ocasion de hallarse sin pólvora ni balas, y porque les mandó su capitán bajasen á ayudarle á sacar el atavío de su cuarto, como lo hi-

cieron, y despues se ocuparon en salvar las alhajas y preseas de los vireyes, asistidos de algunos caballeros del lugar, enviados por el virey desde San Francisco, donde le cogió este fracaso, y donde con no poca fortuna y buena diligencia se recogió la vireina y parte de su familia, pues resguardados de aquel sagrado, milagrosamente escaparon las vidas del hambre con que los indios deseaban quitárselas, con la voz comun de ¡Viva el rey y muera el mal gobierno! continuada impetuosamente tan imperiosa y dominativa, que apénas empezó, cuando en todas las calles se cerraron las puertas, encerrándose los hombres donde les cogía la noticia de este asalto, en sus casas ó en las ajenas.

Con la entrada de la noche fué creciendo la confusion y horror en los españoles, y la libertad en los indios, con el atrevimiento de desarmar á los que encontraban, sin hacerles otro daño que el que amenazaba comun de fuego en toda la ciudad. No se vió ni se supo que se tratase de prevenir defensa ó estorbo temporal, lo cual reconocido por el Dr. D. Manuel de Escalante y Mendoza, tesorero de esta catedral y abad de San Pedro, determinó valerse del recurso celestial y fiado en el poder de Dios, sa-

có del Sagrario de esta santa iglesia el Santísimo Sacramento, sin más compañía que la de tres monacillos, dos sacerdotes clérigos y un religioso de Santo Domingo, y fué á la plaza, y entrando hácia el palacio reconociendo cuán apoderado estaba el fuego de toda su fachada principal y ser irreparable su ruina, retrocedió hácia la cruz de piedra del cementerio referido, siguiéndole muy gran parte del vulgo, que á voces pedía misericordia, consolándose por experimentar la devocion en la gente ordinaria, á quien procuró divertir y apartar de la demas por este medio, con tan buena sazón que avisándole que habian pegado fuego desde la puerta principal de las éasas del marqués del Valle, apresurando el paso y en la distancia de una cuadra subía la llama al balcon y habiendo llegado exhortó á los indios que estaban atizando, á que apagasen el fuego en obediencia y veneracion del Santísimo Sacramento que llevaba en las manos, lo cual ejecutaron sin resistencia, ántes sí, con suma veneracion y tal prontitud que al mismo tiempo empezando á arder un portal y casas de enfrente por la puerta del alférez José Cumplido, alguacil de la guerra, que lindan con la contaduría de esta santa iglesia y sala de su cabil-

do, y acudiendo á remediar este daño lo consiguió mediante el favor divino, haciendo á los mismos indios que apagasen el fuego, y así lo hicieron, suspendiendo y cesando de poner fuego en otras partes como lo hicieran á no atajarlos el Todopoderoso: y teniendo noticia dicho tesorero de que iban á poner fuego á la casa real de la moneda, pasó por las calles de las Escalerillas y el Reloj, acompañándolo numeroso vulgo, sin ver una cara blanca en asistencia y defensa del Señor Sacramentado, ni una luz de la devocion en las ventanas como se acostumbra y ménos á las puertas para encender las hachas que iban apagadas con el mucho viento que corría, llegando sin ellas su Divina Majestad al palacio arzobispal, en cuya puerta hizo alto por estar enfrente de la dicha casa de moneda pronto á sus socorros y al de otras partes; bajó á esta ocasion de arriba el señor provisor, que era el Lic. D. Antonio de Aunsibay y Anaya, canónigo de esta santa iglesia, que había estado acompañando al señor arzobispo, y le entregó dicho tesorero el Santísimo Sacramento, por hallarse fatigado, asegurándole que podía proseguir esta diligencia sin riesgo, y así lo hizo andando algunas calles y recogiendo á poco rato por haber visto

que no había novedad en el fuego. Y en el interin, el Br. D. Nicolás de Rivas y Mendoza, presbítero sochantre de esta santa iglesia, les predicaba en su lengua mexicana, exhortándolos á la paz y quietud, y á que se retirasen á sus casas, que obedecieron prontamente.

Envió dicho tesorero recaudo á las religiones de la Merced y de la Compañía de Jesus, pidiéndoles que saliesen á solicitar la quietud perturbada; asegurándoles que no temiesen daño alguno, lo cual hicieron entrando en la plaza siguiéndoles mucho vulgo, y aunque tiraron los indios algunas piedras hácia los padres de la Compañía, no fueron directamente á ellos sino á algunos seculares que venían interpolados con espadas desnudas; y así que éstos se retiraron, entraron los padres sin embarazo alguno, á tiempo que todos ó la mayor parte de los indios se habían retirado con el saco de los cajones, dejándolo cada uno con facilidad al que salía á quitárselo, aunque fuesen mucheres ó muchachos. Despues de todo lo referido parecieron á caballo el conde de Santiago y su hermano D. Fernando de Velasco, D. Juan de Seracero, caballero del orden de Santiago y contador de tributos, y D. Pedro de Avendaño, á reconocer si el tu-

multo era general, por órden del virey, y vieron y reconocieron haberse quemado los doscientos ochenta cajones que había en la plaza, las casas de cabildo y el archivo de su secretaría, y el de la contaduría, y los oficios de la audiencia de abajo, y los coches y mulas del corregidor D. Juan de Villavencio que vivía en dichas casas, y la entrada de la alhóndiga, el palacio real, su mayor y más principalmente que fué la vivienda del virey, conde de Galvez, las salas de la audiencia de lo civil y criminal, el oficio de cámara hasta la sala del real acuerdo y la sala alta de la armería donde se cortó el fuego, y la gente del virey salió por un portillo que abrieron en la pared que cae á la casa del balanzario de la caja real enfrente del arzobispado, y pasaron á las casas del señor arzobispo que los hospedó en ellas aquella noche. Asimismo reconocieron el dicho conde y los demas que iban con él, haberse quemado la cárcel, de donde salieron los presos al tiempo que se quemaba por una ventana, de que quitó una verja de fierro, quebrándola un religioso lego de San Agustin, de la provincia de Michoacan, que lo tenían preso por salteador de caminos, y lo habían cogido en hábito secular; asimismo vieron los susodichos que á las nueve

de la noche estaba todo sosegado, y la plaza sin gente y muchos cuerpos muertos; y de todo lo referido fueron á dar cuenta al virey. Y al tiempo que sucedía el tumulto estuvieron los religiosos en sus conventos, haciendo plegaria y las religiosas descubrieron el Santísimo Sacramento é hicieron disciplina. Despues que se fué el conde de Santiago á San Francisco á dar la razon referida al virey, entró en la plaza D. Antonio Deza con otros seis ú ocho hombres, y no halló á quien castigar. Díjose por algunos religiosos de San Francisco, que habían llegado á las puertas de su convento una buena porcion de gente instando les abriesen con diversas estratagemas, pidiendo confesor para un sacerdote que suponían estar muriendo de un balazo, y negándose los religiosos, dijo la gente que quemaría las puertas hasta hallar al virey y vireina, con palabras insolentísimas, y el no haberlo ejecutado se atribuye á milagro de San Francisco; corrió la noche por cuenta de los indios que nos hicieron la vida de merced á todos pues ninguno solicitó más defensa que la suya, encerrándose en su casa cada uno, retirándose á los conventos las justicias, excepto el Dr. D. Juan de Escalante, fiscal del crimen, que acudió al real palacio á ata-

jar el incendio. Esta noche envió el virey orden á los panaderos con penas graves que no dejasen de amasar para el dia siguiente."

JUNIO 9.

Tizoc, 7º rey azteca de 1477 á 1480.

Era hermano de Axayacatl y le había servido de general en sus guerras. Su reinado breve y oscuro no ofrece otro suceso á la historia, que una rebelion de los países conquistados al Poniente, la cual apaciguó Tizoc yendo en persona á sujetarlos. Falleció al tercer año de haber subido al trono, sospechándose que su muerte fué procurada con veneno por el régulo de Iztapalapan y algunos otros que en secreto se coligaron con él. Tizoc fué quien concibió el proyecto de construir el templo grande de Huitzilipoctli que existía cuando lle-

garon los españoles á México, había acopiado materiales para la fábrica, y aún estaba esta comenzada al tiempo de su muerte; concluyóla su sucesor. A los españoles pareció la obra superior á toda ponderacion; y si es exacto lo que de ella cuentan, debe en efecto calificarse de fábrica colossal, por el orden de las del antiguo Egipto, y como ellas, más grandiosa que elegante.

JUNIO 10.

Acamapitzin, primer rey azteca, de 1352 á 1389.

Los mexicanos, libres de la esclavitud que sufrieron en Colhuacan, y recogidos en los islotes del lago que ocupaba el sitio donde hoy está México, habian comenzado á levantar en 1325 las miserables cabañas de

carrizos y juncos que por algun tiempo les sirvieron de habitaciones. Gobernaban á la tribu, segun parece, los hombres más notables de ella misma; mas en 1352 quisieron tener rey, y eligieron al personaje cuyo nombre va al frente de este artículo. La suerte del pueblo mexicano era todavía infeliciísima, y la posicion de su jefe en extremo comprometida. Hallábanse rodeados por todas partes de otros pueblos que los miraban con ceño ó con desprecio. El terreno que ocupaban y que producía apénas lo indispensable para sustentar una vida miserable, pertenecía al señor de Atzacozalco, á quien pagaban tributo. El régulo, sea que le hubiese desabrido la eleccion de un caudillo en México, sea que buscasse pretextos para reñir con sus tributarios y agravarles el yugo de la esclavitud, no solo aumentó el tributo, sino que exigió que se le pagase en los objetos más raros y caprichosos que pueden imaginarse. El nuevo rey de México parece que se propuso evitar á toda costa un rompimiento con aquel tirano que tanto mal podía hacer al pueblo naciente; así es que se sujetó á cuanto de él quiso exigirse, logrando satisfacer, merced á la industria y buena maña de sus súbditos, los antojadizos mandamientos del de Atzacozalco. La

paz que con esta conducta supo conservar, fué causa de que su pueblo adelantase y mejorara algo de condicion: en su tiempo comenzaron á abrirse canales que facilitaban la comunicacion dentro de la ciudad misma, y se fabricaron algunos edificios de piedra: así empezó México, la cual en nuestros dias ha parecido á un célebre extranjero *ciudad de palacios*. Gobernó Acamapitzin treinta y siete años, y falleció en 1389. Antes de morir dijo á los mayores de su pueblo, que *de manos de ellos habia recibido la corona, y á ellos la volvía en aquel trance para que la diesen al más digno*. Representaban los mexicanos en sus pinturas á este fundador de su monarquía bajo el emblema de una cabeza humana, con el *copilli*, ó sea mitra que llevaban sobre la frente los príncipes aztecas, y encima una mano vuelta hacia la palma empuñando dos punteros ó varas pequeñas.

JUNIO 11.

1541.—*Gran batalla entre mayas
y españoles.*

En el sitio que hoy ocupa la hermosa ciudad de Mérida, capital del Estado de Yucatan, verificóse hace trescientos cuarenta y dos años la batalla que vamos á conmemorar, tomando la relacion que de ella hace el historiador Ancona.

En la tarde del 10 de Junio de 1541, dice, se descolgó sobre el campamento de T-hó una nube espesísima de indios, tal cual jamás la habían visto los españoles en Yucatan. Las probanzas que consultó Cogolludo para trazar su historia, hacen ascender el número de aquellos á una cantidad que difiere de cuarenta á sesenta mil. Cualquiera que fuese, era bastante desproporcionado al número de doscientos cincuenta españoles que poco más ó menos tenía consigo Montejo. Es probable, sin embargo, que este último número hubiese sido

aumentado con algunos indios aliados, suposicion que nos autorizan á hacer, las relaciones que los castellanos tenían ya en el país, y el deseo que debía alimentar Tutul Xiú de vengar la muerte de sus embajadores.

Los agresores emplearon la tarde de su llegada y la noche que sobrevino luego, en levantar trincheras y empalizadas para su defensa, y en amontonar toda clase de obstáculos al rededor del campamento para evitar que se fugasen sus enemigos, á quienes ya tenían por vencidos. Todo este aparato no intimidó á los españoles, y al despuntar la aurora del dia siguiente, infantes y jinetes descendieron majestuosamente del cerro, entre la gritería inmensa con que los indios saludaban el principio de la batalla.

Esta fué una de las más encarnizadas que se libraron en el discurso de la conquista, y los castellanos, á pesar de la confianza que afectaban, debieron haber sentido más de un estremecimiento al calcular la fuerza de sus enemigos por las nubes de flechas que atravesaban el aire. Es verdad que las armas de fuego hacían una carnicería espantosa en aquellas masas compactas de gente desnuda; pero los muertos des-

aparecían al instante y ocupaba su lugar un número igual de vivos, que arrojaban flechas á centenares y herían con sus espadas de pedernal al que osaba acercarse. La caballería hacía también prodigios de valor; pero los mayas ya tenían muy poco temor á estos mónstruos de la guerra, y más de un jinete pagó cara su temeridad de arrojarse entre las filas de los agresores.

Al cabo de algunas horas de combate, los castellanos creyeron haber triunfado de sus enemigos con quitarles algunas trincheras que éstos habían defendido con tenacidad. Pero se encontraron con que más allá de estas fortificaciones los indios habían construido otras, tras de las cuales se detuvieron á empeñar de nuevo el combate. Y la lucha siguió por entónces tan tenaz y desesperada, como había comenzado. Los españoles que peleaban á pecho descubierto, solían guarecerse tras los cadáveres de sus enemigos, que en gran número andaban regados por el campo.

Comenzaba el sol á declinar hácia el Occidente cuando los indios que habían ido retrocediendo de trinchera en trinchera, perdieron la última línea de fortificaciones que habían levantado, y entónces echaron á correr por los bosques, poseídos del páni-

co de su derrota. Los castellanos los siguieron un buen trecho; pero satisfechos á poco rato de la difícil victoria que habían alcanzado, se volvieron á su campamento á dar gracias á la Providencia por el peligro de que se había dignado librarlos. Otra vez ocurrieron al santoral, y habiendo hallado que aquel era el día en que la Iglesia celebra á San Bernabé apóstol lo aclamaron por patron de la ciudad que pensaban erigir en T-hó, aunque seis meses ántes habían hecho un voto igual en favor de San Ildefonso.

La victoria del 11 de Junio fué decisiva en favor de los españoles. Los indios no volvieron á dar ninguna batalla campal desde entónces, y la débil guerra que en lo sucesivo hicieron á sus enemigos, se redujo á emboscadas y escaramuzas. Francisco de Montejo aprovechó esta coincidencia para afirmar sus relaciones de amistad con los caciques circunvecinos, y cuando entró el año de 1542, el dominio español era ya reconocido en un radio de cuarenta á cincuenta millas al rededor de su campamento.

El capitán general comprendió entónces que convenía ya echar los cimientos de la futura capital de la colonia en aquella ciudad monumental de los mayas, préviamente escogida por su padre, y que estaba ya

identificada con los sucesos más importantes de la conquista. El nombre de la ciudad estaba designado de antemano. A la vista de los grandes edificios que descollaban sobre las colinas artificiales de T-hó, y entre cuyos escombros se arraigaban árboles seculares, los invasores trajeron á su memoria aquella *Emérita* romana de la antigua Lusitania, cuyo anfiteatro en ruinas revela todavía el poder de la nación que lo construyó. El nombre de *Mérida* corrió de boca en boca, y el jefe del ejército lo adoptó oficialmente en el acto de la fundación.

JUNIO 12.

1531.—*Una carta celebre.*

El lector verá con agrado seguramente que consignemos en este libro la célebre carta en que el primer Arzobispo de Méxi-

co dió cuenta al capítulo general de la orden franciscana, celebrado en Tolosa, de sus tareas apostólicas en la que entonces se llamaba Nueva-España.

Dice así, tan curioso documento:

“Muy RR. PP.: sabed que andamos muy ocupados, con grandes y continuos trabajos, en la conversión de los infieles, de los cuales (por la gracia de Dios), por manos de nuestros religiosos de la orden de nuestro seráfico P. S. Francisco, de la regular observancia, se han bautizado más de un millon de personas, quinientos templos de ídolos derribados por tierra, y más de veinte mil figuras de demonios que adoraban, han sido hechas pedazos y quemadas. En muchos lugares están edificadas iglesias y oratorios, y en muchas partes levantadas en alto y adoradas de los indios las armas resplandecientes de la santa cruz. Y lo que pone admiracion es, que antiguamente en su infidelidad, tenían por costumbre en esta ciudad de México, cada año sacrificar á sus ídolos más de veinte mil corazones humanos; y ahora no á los demonios, mas á Dios, son ofrecidos, con innumerables sacrificios de alabanza, mediante la doctrina y buen ejemplo de nuestros religiosos; por lo cual al mismo solo Dios sea honra, y gloria, el

cual es adorado, con reverencia en aquellos lugares, por los niños, hijos de estos naturales. Hacen muchos de estos, algunos ayunos, disciplinas, y continuas oraciones, derramando lágrimas, y dando muchos suspiros. Muchos de estos niños, y otros mayores, saben bien leer, escribir y contar, y hacer punto de canto. Confiésanse á menudo, y reciben con mucha devocion al Santísimo Sacramento del altar, y con grande alegría predicán la palabra de Dios á sus padres, industriados para ello de los religiosos. Levántanse á media noche á mañanitas, y dicen el oficio entero de Nuestra Señora, á quien tienen muy particular devocion. Acechan, con mucho cuidado, adonde tienen sus padres escondidos los ídolos, y se los hurtan, y con fidelidad los traen á nuestros religiosos; por lo qual algunos han sido muertos inhumanamente por sus propios padres, ó más bien coronados en la gloria con Cristo. Cada convento de los nuestros, tiene otra casa junto para enseñar en ella á los niños, donde hay escuela, dormitorio, refectorio, y una devota capilla. Son estos niños muy humildes y obedientes á los religiosos, y ámanlos más que á sus padres, y tratan verdad con ellos. Son castos y muy ingeniosos, especialmente en el

arte de la pintura, y han alcanzado buena ánima con Dios; bendito sea él por todo. Entre los frailes más aprovechados en la lengua de los naturales, hay uno particular, llamado Fr. Pedro de Gante, lego. Tiene diligentísimo cuidado de más de seiscientos niños. Y cierto, él es un principal paraninfo, que industria los mozos y mozas que se han de casar en las cosas de nuestra fe cristiana, y cómo se han de haber en el santo matrimonio; é industriados, los hace casar en los dias de fiesta con mucha solemnidad. Para la manutención y doctrina de las mozas, envió de España la Serenísima Emperatriz D^a. Isabel, seis mujeres honradas, castellanas, avisadas y prudentes; y mandó, por sus cédulas, que se hiciese una casa, tan grande y cumplida, que las mismas mujeres recogidas, viviendo debajo del amparo y favor del obispo, pudiesen tener y enseñar mil doncellas que viviesen honestamente. Y así, por una admirable manera, se convierten á la santa fe católica los indios; y las doncellas aprenden los primeros rudimientos de la fe, de las mujeres honradas, y los indios de varones religiosos. Despues, ellos y ellas enseñan á sus padres gentiles lo que aprendieron; por lo qual parece haber dicho de ellos el profeta

David: "De la boca de los niños, y de los que aún maman, hiciste, Señor, perfecta tu alabanza." Cristo sea salud de vuestras reverencias, á quien suplico yo humildemente rueguen, que lo que él ha comenzado, por su clemencia lo acabe. De México, 12 de Junio de 1531 años."

JUNIO 13.

1821.—*Entrada de los independentes á Guadalajara.*

Las noticias que diariamente se recibían en la ciudad, con relacion á los rápidos progresos que por donde quiera hacía la santa causa de la libertad, tenían impacientes á los adictos á ella. Empero Iturbide mismo juzgó que debía esperarse aún, y el brigadier Negrete que se hallaba en el pueblo de San Pedro, adoptando aquel parecer,

procuró diferir la toma de la ciudad de Guadalajara. La oficialidad hizo nuevos esfuerzos para precipitar los acontecimientos, y Negrete fijó el día 16 de Junio para la proclamacion de la Independencia. Pero sin aguardar el vencimiento del plazo, el 13 á las diez de la mañana se supo en Guadalajara que las tropas acampadas en San Pedro habían jurado el plan de Iguala.

El capitán Lariz se hizo entónces dueño de la artillería destinada á contener al pueblo, y el resto de la guarnicion proclamó tambien la Independencia. Al saberlo Cruz, el jefe español, se presentó en el cuartel de artillería á sofocar la rebelion. Lariz le manifestó respetuosamente que todo era inútil y que se retirase porque ya no era obedecido.

Cruz recibió al mismo tiempo una exposicion de la oficialidad reunida en San Pedro, que terminaba con estas palabras: *independencia hoy, ó muerte*, y Negrete añadía que habiéndola ya proclamado, pasaría en la tarde á hacerla jurar en la ciudad solemnemente. Cruz no halló otro recurso más, sino ocultarse para salir de la ciudad, como lo verificó.

La guarnicion, á las órdenes de Andrade, se reunió en la garita de San Pedro con